

Su invitación

Dr. Justo L. González



El Discípulo 2.4 (8 de 13)

Mateo 11.25-30

24 de enero de 2010

Tema: Evidencias del Mesías**TEXTO ÁUREO**

«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.»
—Mateo 11.28

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO**Su invitación****RVR****VP****Mateo 11.25-30**

²⁵ En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.

²⁶ Sí, Padre, porque así te agradó.

²⁷ Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

²⁸ Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

²⁹ Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de

Mateo 11.25-30

²⁵ En aquel tiempo, Jesús dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos.

²⁶ Sí, Padre, porque así lo has querido.

²⁷ Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce realmente al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce realmente al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera darlo a conocer.

²⁸ Vengan a mí todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo los haré descansar.

²⁹ Acepten el yugo que les

corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas,
³⁰ porque mi yugo es fácil y ligera mi carga».

pongo, y aprendan de mí, que soy paciente y de corazón humilde; así encontrarán descanso.
³⁰ porque mi yugo es fácil y ligera mi carga».

Introducción

Si alguien nos preguntara sobre las características de la vida en nuestro tiempo, no tardaría mucho antes de que alguien dijera, «el estrés». No cabe duda de que esto es en parte resultado del trajín de la vida hoy, ni de que se hace más agudo en los países donde han llegado la industrialización y el «desarrollo» económico. Prueba de ello es que, en lugar de usar palabras en español como «angustia» o «ansiedad», hemos tomado una palabra del inglés (stress) y le hemos dado forma española: «estrés». Lo que es más, el sentido original de la palabra inglesa «stress» es «tensión», y sin embargo, sentimos que no basta con decir que vivimos en tiempos de tensión, sino que decimos más bien que vivimos en tiempos de estrés. En resumen, el hecho mismo de que tomamos una palabra inglesa indica que estamos ante un fenómeno de la vida moderna, y en particular de esa vida tal como se vive en los países más industrializados, como son los Estados Unidos.

Aunque el estrés presente nos parezca más agudo que el de generaciones anteriores, el hecho es que el estrés es parte inevitable de la condición humana. Vivimos siempre en la incertidumbre, ante toda una serie de posibles amenazas y daños. Y, sobre todo, sabemos que por mucho que nos esforcemos nos espera la muerte. Por naturaleza, queremos salvar nuestras vidas; pero sabemos que al fin y al cabo, por mucho que nos esforcemos, las perderemos. Cuando así se le mira, la condición humana es, como dijera un filósofo del siglo veinte, la de un naufrago que sabe que no tiene salvación posible, pero sigue nadando tratando de evitar lo inevitable.

Las gentes en tiempos de Jesús también vivían bajo estrés. Estaba no sólo el estrés inevitable de la condición humana, sino además el estrés de la condición política, social y económica del país. En medio de ese estrés, Jesús les dijo—y nos dice—«venid a mí todos los que están trabajados y cargados, y yo os haré descansar».

Mateo 11.25-30

El pasaje que estudiamos hoy comienza con las palabras «en aquel tiempo». Con esta frase, Mateo está indicando que hay cierta relación con lo que precede, pero que esa relación no es estrictamente cronológica. Lo que Mateo nos va a decir ahora no sucedió más o menos por los mismos días. Es como cuando hoy decimos «por aquel entonces...»

Nótese que las palabras de Jesús siguen lo que podríamos llamar tres pasos. Primero, en los versículos 25 y 26, Jesús se dirige al Padre. Luego, el v. 27 es una especie de puente en el que sigue hablando de su relación con el Padre, pero no se nos dice claramente si se está dirigiendo al Padre o a quienes le escuchan. Por último, los versículos 28-30 se dirigen a quienes escuchan a Jesús. El modo en que la narración se nos presenta da a entender que, aunque la primera parte de las palabras de Jesús va dirigida al Padre, en realidad todo esto Jesús lo dijo en voz alta, como para que quienes le rodeaban pudieran escucharle. Luego, podemos decir que los primeros versículos del pasaje, dirigidos al Padre, son sin embargo, palabras dichas para que otros las oigan. Lo que esto quiere decir es que Jesús le está ofreciendo a su audiencia un atisbo de su relación con el Padre para luego, basándose en esa relación, hacerle su invitación.

El v. 25 marca pauta para todo el resto del pasaje. Nótese que Jesús se refiere por una parte al Padre, y por otra a la humanidad—«los sabios y los entendidos» y «los niños». Respecto al Padre, Jesús le declara señor de todas las cosas. (Véase la sección VOCABULARIO BÍBLICO.) Inmediatamente después de decir esto añade que ese Padre todopoderoso ha trastocado el orden normal del poder y la sabiduría entre los humanos. Si Dios es sabio y poderoso, podríamos pensar que quienes más se acercan a Dios son los sabios y los poderosos, y que son ellos quienes mejor han de entender las cosas de Dios. Pero lo que sucede es todo lo contrario. Quienes entienden estas cosas de Dios son los niños, mientras los sabios y los entendidos no pueden conocerlas. Y todo esto—este gran trastrueque de sabiduría y de autoridad—es resultado de la voluntad libre del Dios que es soberano sobre cielo y tierra («porque así te agradó», v. 26).

El v. 27, que ya dijimos sirve de puente, conecta a ese Dios soberano que trastrueca el orden de la sociedad humana con Jesús mismo. Jesús es quien conoce a este Padre Señor de todas las cosas y trastocador de la sabiduría humana. No es solamente el Padre quien decide que estas cosas quedarán escondidas de los sabios y los entendidos, y que serán reveladas a los niños, sino que también el Hijo, Jesús, es quien decide a quién las ha de revelar. En otras

palabras, que Jesús, el Hijo del Padre, es también trastrocador.

Y ahora Jesús hace una invitación dirigida específicamente a «todos los que estáis trabajados y cargados». Bien podemos imaginar la situación. La mayoría de quienes escuchaban a Jesús serían personas pobres y relativamente ignorantes. Para ellas, estar «trabajado y cargado» posiblemente querría decir no tener cómo alimentar a su familia, tener que trabajar por una miseria, y sentir sobre ellas el pesado yugo romano. La palabra que aquí se usa para «car-

gados» puede también emplearse para las cargas fiscales o contributivas. Los impuestos romanos eran enormes. A esto se le añadían, en el caso de los judíos, los impuestos, ofrendas y sacrificios para sostener el Templo y la cúpula social y religiosa entre los judíos mismos. Lo que es más, los impuestos romanos—como muchas veces los de hoy—caían pesadamente sobre los hombros de los pobres, mientras los ricos pagaban pocos impuestos—y en muchos casos no pagaban impuesto alguno. Aunque Jesús ciertamente incluye entre los «trabajados y cargados» a quienes tienen cargas espirituales, su invitación es mucho más amplia. Lo que es más, si imaginamos la presencia entre la audiencia de alguno de los grandes terratenientes que no pagaban impuestos, o de algún oficial del Templo, o de algún distinguido escriba, bien podemos imaginar la reacción de tales personas: Jesús estaba diciendo que a Dios le agradó revelárseles precisamente a éstos que no son «nadie», y dejar de lado a quienes de veras «cuentan».

Interesantemente, Jesús no les ofrece a sus oyentes quitarles el yugo de sus cargas, sino que les ofrece otro yugo: el de Jesús mismo. El yugo es señal e instrumento de sujeción y de trabajo. ¡Y Jesús les ofrece un yugo! Jesús no les dice que les librerá para que hagan lo que les venga en ganas, sino que les librerá para que lleven su yugo—al tiempo que les promete que ese yugo será fácil, y que la carga no será pesada.

Hay más. En su forma más común, el yugo se carga sobre una yunta. Por ejemplo; en el caso de los bueyes, el yugo les ata al arado o la carreta, pero también les ata entre sí. Cuando así vemos las cosas, nos percatamos de que Jesús no está diciendo que Él les va a quitar el yugo que llevan y les va a poner otro, sino que va a

PROPÓSITO

En esta lección nuestro propósito será ver cómo la fe y confianza en Jesucristo nos ayudan a llevar las más pesadas cargas y a enfrentarnos a los más difíciles problemas—incluso el estrés. Veremos cómo todo esto se relaciona con y se fundamenta en el señorío universal del Dios a quien servimos. En medio de una vida constantemente acosada por el estrés, Jesucristo tiene respuesta y ayuda. Es a esto que Jesús invita a sus discípulos.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. La soberanía universal de Dios.
- II. El Dios que se esconde de los entendidos y se revela a los niños.
- III. Jesús lleva nuestro yugo.
- IV. Llevar los yugos de los demás.

ponerles un yugo que Él compartirá con ellos. En tal caso, «mi yugo» no quiere decir tanto «el yugo que yo les impongo» como «el yugo a que me ato junto a ustedes». Lo que hace que la carga sea ligera no es que no haya carga, sino que ahora hay quien lleva el yugo junto

a nosotros y nosotras. Voluntariamente, Jesús se ha atado a nuestras cargas y necesidades, y se ha declarado compañero nuestro—si nos parece, digamos «compañero de yunta»—junto a nosotros y nosotras. Es por eso que su yugo es fácil y ligera su carga. Es como si fuésemos parte de una yunta, y nuestro compañero de yunta fuera infinitamente fuerte. Eso no nos quitaría el yugo ni nos resolvería todos los problemas, pero sí nos permitiría continuar marchando, apoyados y apoyadas ahora por el Dios todopoderoso.

Por último, cerremos el círculo del pasaje. Volvamos al principio, a la declaración que sirve de base a todo este dicho de Jesús: el Padre es «Señor del cielo y de la tierra». Esto es lo que verdaderamente hace ligera la carga. Quien comparte y toma sobre sí este yugo es nada menos que el Señor de todo cuanto hay. Este Padre y Señor, a quien agradó esconderse de los sabios y los entendidos y revelárseles a los niños, y quien se revela en el Hijo, ahora nos dice en ese Hijo que ha de compartir nuestras cargas. Por pesado que nos parezca el yugo, podremos llevarlo, pues ¡nuestro compañero de labranza es nada menos que el Dios de los cielos y de la tierra!

Aplicación

El pasaje que estudiamos hoy se puede aplicar a nuestra vida por lo menos en cuatro puntos, todos ellos importantes y necesarios en medio de la situación de tensión y angustia (estrés) en que vive nuestro pueblo.

Lo primero que nos dice el pasaje es que no limitemos el poder de este Dios a quien Jesús llama «Señor del cielo y de la tierra». Una de las principales dificultades que tenemos al enfrentar el estrés es que nos olvidamos de que todo está en las manos de Dios. Andamos por la vida pensando que el cielo se nos puede caer encima. A cada paso tememos las consecuencias, no sólo de lo que hacemos, sino de lo que otras personas puedan hacer. Es como si el mundo fuera uno de esos edificios que se construyen con barajas, y que se pueden venir al suelo a la menor brisa. Frente a eso, tenemos el inmenso

recurso de saber que el Señor del cielo y de la tierra—el Señor que reina haya vida o muerte, riqueza o pobreza, compañía o soledad—nos ama y guarda. Eso no quiere decir que todos los problemas se resolverán, que si necesitamos dinero nos vamos a sacar la lotería, o que ninguno de nuestros seres queridos morirá. La muerte, la pobreza, la soledad, el miedo al crimen, son realidades que no podemos ni debemos negar. Aun en medio de todo eso, sabemos que la última palabra le pertenece a nuestro Dios. Eso nos ayuda, no a evitar las causas del estrés, ni siquiera a evitar el estrés mismo, pero sí a evitar que el estrés nos sobrecoja y derrote.

Preguntémonos: ¿Cuáles son los aspectos o dimensiones en nuestra vida en los que se nos hace más difícil confiar en ese gran poder de Dios? ¿Tenemos razón para tal desconfianza?

El segundo punto es la contraparte de esto. Parte de lo que causa el estrés es la ilusión de que a fin de cuentas el éxito en la vida depende de nosotros y nosotras. Tenemos que asegurarnos a toda costa de que seremos vencedores. Para eso tenemos que ahorrar dinero y acumularlo en el banco, asegurarnos de tener muchos amigos y el respeto de todos, ser el número uno en los negocios, en los deportes, y hasta en la iglesia. Ciertamente, hay muchísimos pasajes en la Biblia que nos llaman a esforzarnos por hacerlo todo de la mejor manera posible. El pasaje de hoy nos sirve también de advertencia. Los sabios y los entendidos bien pueden entender menos que los niños y los aparentemente ignorantes. En otras palabras, que la sabiduría no viene a quien piensa que aprendiendo mucho va a ser sabio, sino a quien, al tiempo que aprende lo que puede, sabe que es mucho lo que no sabe, y le confía todo su conocimiento a Dios. La paz y la tranquilidad—es decir, la libertad del estrés—no le vienen a quien construye fortalezas para defenderse ni a quien se arma hasta los dientes contra cualquier posible violencia, sino a quien, sabiendo que no puede vencer la violencia, se entrega en las manos de Dios.

El tercer punto es que Jesús se ofrece a llevar nuestro yugo—no necesariamente a quitárnoslo, sino a llevarlo con nosotros. En última instancia, eso es lo que significa la doctrina de la encarnación: Dios se hizo carne, y en esa carne llevó y sigue llevando todas las cargas de nuestra frágil humanidad. No es sólo que nos muestre compasión, sino también que lleva nuestras cargas sobre sí. El mejor ejemplo de esto es la carga última, la muerte misma. Jesús llevó sobre sí la carga de la inevitabilidad e invencibilidad de la muerte. Ninguno de nosotros puede vencer la muerte y vivir eternamente. Como dirían los antiguos cristianos, «en su muerte y resurrección Jesucristo mató a la muerte». Gracias a Él, la muerte ha perdido su aguijón, y el sepulcro su victoria (1 Co 15.55). Si sufrimos dolor, Jesús se «enyuga» a nuestro dolor, camina junto a nosotros y nosotras, y junto a nosotras y nosotros lleva esa carga. Si

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- El tema del estrés no necesita que hagamos mucho por despertar la atención de las personas. El estrés está tan generalizado, que no es necesario convencer a nadie de que es importante, agobiante y doloroso.

- Un modo de presentar la lección de hoy puede ser empezar por preguntarle a la clase cuáles son algunas de las causas y manifestaciones del estrés. Las respuestas serán muy variadas: la inseguridad económica, el paso tan agitado de la vida, el temor por la salud propia o de otras personas, el crimen y la violencia que nos rodean, la violencia doméstica, la falta de autoestima, etc. Vaya escribiendo las respuestas (o unas pocas palabras que sirvan para resumir cada una de ellas) en una columna a la izquierda de la pizarra o de un papel grande.

- Pase a estudiar el texto bíblico y la APLICACIÓN de la lección.

- Al terminar la lección, pregúntele a la clase cómo se relaciona el texto bíblico con cada una de las cosas que dijimos antes sobre el estrés. Si le parece, puede ir tomando cada uno de los cuatro temas básicos que aparecen en el BOSQUEJO DE LA LECCIÓN, preguntando por orden qué nos dice cada uno de ellos sobre la lista que hicimos al comienzo de la sesión. O puede sencillamente tener una discusión general sobre el tema.

- Vaya apuntando las respuestas que la clase vaya dando, poniéndolas en otra columna a la derecha de la que hizo al empezar la clase.

- Un ejemplo gráfico sobre compartir el yugo puede hacerse llevando a la clase un yugo (¡si todavía puede encontrar uno en estos tiempos!). Pídale a dos personas que se coloquen bajo él y caminen por el salón. Entonces pídale a una de ellas que abandone a la otra, y a esa otra que siga caminando sola, sin quitarse el yugo. ¡Se le hará bien difícil!

sufrimos soledad, al enyugarse con nosotros Jesús nos presta compañía. Hasta si sufrimos angustia y estrés, Jesús se enyuga con nosotros, sufriendo él también lo mismo. (No olvidemos sus palabras angustiadas desde la cruz: «Señor, Señor, ¿por qué me has desamparado?».)

Preguntémonos, ¿qué experiencias podemos compartir entre nosotras y nosotros, de ocasiones en las que hemos sentido la compañía de Jesús en medio del dolor, la soledad, la angustia, la duda o, en general, el estrés? ¿Por qué será que, a pesar de tales experiencias, repetidamente nos olvidamos de ellas, e insistimos en llevar nuestro yugo solos o solas, como si no hubiera persona alguna dispuesta a compartirlo?

Los tres puntos que acabamos de discutir son importantes; pero el cuarto es uno de los que más fácilmente olvidamos: Llevar el yugo de Jesús quiere decir llevar también el yugo de las demás personas. Notemos que lo

que Jesús invita a sus oyentes a hacer no es solamente a aceptar su yugo, a enyugarse junto a Él, sino también a aprender de Él. Así lo dice en el v. 29: «Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí». En otras palabras, que uncirse a Jesús en un yugo común es también uncirse, como Él, con el resto de la humanidad. Jesús no nos invita solamente a depositar nuestras angustias en Él, sino que nos invita a aprender de Él, a imitarle, a llevar también, como Él, el yugo de los demás.

Lo sorprendente es que cuando hacemos esto descubrimos que en ese compartir de cargas se alivian también las nuestras. No olvidemos la vieja historia del ciego y el inválido. Cada uno de ellos de por sí no puede hacer mucho; pero si se ayudan mutuamente, ambos podrán ir a donde desean. No olvidemos tampoco que muchas veces uno de los mejores medios de deshacernos de nuestros dolores es tratar de aliviar los de otra persona. El caso más

VOCABULARIO BÍBLICO

En el texto que estudiamos hoy encontramos unas palabras que aparecen repetidamente en la Biblia, pero a las que apenas prestamos atención. Se trata de la frase «**EL CIELO Y LA TIERRA**», en el v. 25. Estas palabras se encuentran, no sólo en pasajes bíblicos como Génesis 1.1, sino también en varios de los antiguos credos de la Iglesia. Así, por ejemplo, el Credo Apostólico dice: «creador del cielo y de la tierra». Lo que frecuentemente no notamos es que esto es un modo de decir «absolutamente todo». Decir que Dios es «creador del cielo y de la tierra» quiere decir que no hay nada—ni la más lejana galaxia ni la ínfima partícula subatómica, que no haya sido creada por Dios. No hay unas cosas buenas y otras cosas malas. Todas son creación de Dios, y por tanto, todas son buenas. Sí hay cosas mal usadas, cosas fuera de sitio; pero no hay nada que no sea creación de Dios.

De igual modo, en el pasaje de hoy la frase «**SEÑOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA**» quiere decir que nada hay que escape al señorío de Dios. Aun cuando—como vimos la semana pasada—hay poderes del mal que se oponen a los designios divinos, en última instancia tales poderes existen solamente porque Dios se lo permite, y a la postre serán vencidos. La lucha es real, pero la victoria es indiscutible.

En el pasaje que estudiamos hoy, estas palabras sirven para poner todo lo que Jesús dice en su contexto correcto. Jesús no se está refiriendo a algo que sea unas veces cierto y otras no, sino a algo que es universalmente cierto. El Dios a quien Jesús aquí alaba como «Padre» es «Señor del cielo y de la tierra», y por tanto no hay cosa alguna, ni momento alguno, ni lugar alguno, ni problema alguno, que esté fuera de su alcance.

fácil de ver es la soledad. Si usted se siente solo o sola, y se dedica a lamentarse por su soledad, ésta sencillamente se acrecentará. Pero si usted sale a buscar alguna otra persona que también esté sola—y que hasta quizá esté más sola que usted—pronto tendrá compañía, y su propia soledad se aliviará. Lo que es cierto de la soledad lo es también de muchísimas otras cargas.

Preguntémonos: ¿Quiénes en derredor nuestro tienen cargas que podemos compartir? ¿Habrà algo que podamos hacer, como iglesia o como clase de escuela bíblica, para compartir con alguna persona necesitada?

Por último, si el tiempo lo permite, preguntémonos, ¿qué es eso de ser mansos y humildes como Jesús? ¿Será acaso soportar los yugos como si no importaran, humillarnos ante todos y dejar que nos pisoteen? ¿O habrá algunas dimensiones de la mansedumbre y de la humildad de Jesús que frecuentemente olvidamos? ¿No será que la verdadera mansedumbre consiste, no en aceptar lo que nos caiga encima, sino en llevar lo que les cae encima a otras personas, y en tratar de librarles de sus cargas?

Resumen

- En la lección de hoy hemos visto cuatro puntos esenciales que se entrelazan entre sí. El primero es la soberanía universal del Señor del cielo y de la tierra. El segundo es cómo ese Dios soberano trastrueca nuestras expectativas, revelándose, no a los sabios y entendidos, sino a los niños. El tercero es que ese Dios soberano, hecho carne en Jesucristo, nos invita a tomar su yugo. El cuarto, que todo esto nos invita a compartir las cargas de los demás.

- Todos estos puntos son elementos esenciales en la respuesta cristiana al estrés. El primero, porque nos asegura que, aun en las situaciones más difíciles, en última instancia el poder y la victoria le pertenecen a este Señor del cielo y de la tierra que nos ama. El segundo, porque nos recuerda que no es por nuestras propias acciones, sabiduría o esfuerzos que Dios viene a nosotros, sino por pura gracia—y esto quiere decir que no tenemos que preocuparnos por justificar nuestra vida, lo cual se encuentra a la raíz de mucho estrés. El tercero, porque nos recuerda que no estamos solos ni solas, sino que con nosotros está el Señor del Universo que se hizo carne para compartir nuestro yugo. El cuarto y último, porque nos invita a compartir los yugos y cargas de los demás, y en ese compartir encontramos alivio para nuestros propios yugos y cargas—y para nuestro estrés.

Oración

Ven, Señor, comparte nuestro yugo y hazlo fácil y ligero. Ven y ayúdanos a compartir con otras personas las cargas de sus yugos. Ven y revélate a nosotros y nosotras, no porque seamos sabios ni entendidos, sino porque Tú, el soberano Señor de los cielos y de la tierra, así lo has determinado. Ven y haznos aprender de Jesucristo, nuestro compañero de yugo, quien nos enseñará lo que es ser verdaderamente mansos y humildes. ¡Ven, Señor! Amén

**LECTURAS DEVOCIONALES PARA
LA PRÓXIMA SEMANA****Lunes**

Isaías 53.1-9

Miércoles

Marcos 7.5-13

Viernes

Lucas 4.16-22

Martes

Oseas 4.1-6

Jueves

Proverbios 3.5-12

Sábado

Lucas 4.23-30